

Vamos, poco a poco, retomando la “normalidad”. Nos alegra el volver a encontrarnos con la gente en distintas instancias, ya sean familiares, sociales o laborales.

Sin duda alguna, muchas cosas han cambiado a lo largo de estos meses de pandemia. No salimos indemnes de esta situación que ha golpeado fuertemente al mundo entero y que ha dejado heridas a muchos niveles.

Se hablaba, ya desde antes que comenzara la pandemia del COVID, de la “grieta” social que separaba a nuestra sociedad del punto de vista socioeconómico y también cultural. Hoy somos mucho más conscientes de la existencia de esa grieta y de las consecuencias que ha tenido el estar de un lado o del otro en una situación de crisis como la que hemos atravesado, y seguimos atravesando.

Muchas veces hemos hablado aquí, o en algunos de los grupos GREM, de la importancia de la educación para el futuro de nuestra sociedad, de nuestro país, y la necesidad de apostar por una mejora del sistema educativo, apoyando los esfuerzos del gobierno por lograr un cambio sustantivo en la propuesta formativa de nuestros jóvenes: en lo que se enseña y cómo se enseña.

En este año y medio de pandemia ha significado un desafío enorme para el sistema educativo en su conjunto, público y privado, y ha quedado en evidencia, también, la rápida capacidad de respuesta de la educación privada, para adaptarse a las necesidades del momento.

El sistema público hizo todos los esfuerzos posibles por estar a la altura de las circunstancias y, sin duda que el trabajo realizado ha sido enorme, pero la realidad es que, en contextos socioeconómicos desfavorables, el nivel de conexión de los chicos a través de las plataformas digitales (sea Ceibal u otras) ha sido muy bajo y poco sostenido a lo largo del tiempo. La distancia entre quienes han podido seguir su educación y quienes no lo han podido hacer, se verá sin duda en el mediano plazo.

Si ya existía grieta, en este año y medio transcurrido desde el 13 de marzo de 2020, la misma es mucho más grande aún.

¿Cómo podemos aportar nosotros, desde ACDE, para mejorar esta situación? ¿Nos afecta directamente? ¿indirectamente? ¿Lo vivimos como un desafío para nosotros?

No dudo de que nos afecta. La pérdida de nivel educativo en una sociedad impacta de múltiples formas, que van desde la convivencia social hasta las posibilidades de mayor desarrollo y crecimiento de la economía del país. La incorporación de nuevas tecnologías a todos los ámbitos de la actividad económica (sea en el sector agropecuario, industrial, comercial o cualquier otro) implica la necesidad de personal cualificado, con una mejor preparación y capaz de entender la lógica del mundo digital que esta cada día más presente y en ámbitos donde, hasta hace poco, no lo podríamos haber imaginado.

Los países emergentes que han dado saltos importantes de desarrollo económico no han dudado en hacer una apuesta muy fuerte por la educación, desde los niveles iniciales, hasta la educación terciaria.

No dudo de las intenciones de quienes gobiernan nuestro país de hacer una apuesta grande por la educación; la pregunta es si están en condiciones de hacerla, luego de este “tsunami” que ha sido la pandemia. Lamentablemente, y a pesar de los esfuerzos que se han hecho por mantener la economía funcionando, el nivel de actividad ha caído significativamente y las posibilidades del Estado de atender reclamos en áreas sensibles de la vida de nuestra sociedad (el cuidado de la primera infancia, la niñez y la adolescencia, la educación en todos sus niveles, la vivienda, los adultos mayores, etc.) también. Parecería que sólo endeudándonos más (lo que no se quiere), se podrían hacer frente a todo esto.

¿Qué rol cumplen las organizaciones sociales y el conjunto de la sociedad civil en todo esto?
¿Cómo responden a las necesidades que, en definitiva, son de todos?

Venimos de una cultura “estatista”, que hace que estemos siempre esperando que sea el Estado el que solucione los problemas. Es verdad que hay realidades que nos desbordan, y que solo el Estado tiene la capacidad y la estructura para abarcar todas las realidades. Eso nadie lo duda. Pero, también es verdad, que hay una cantidad de iniciativas privadas, vinculadas a distintos grupos o colectivos sociales (entre ellos la Iglesia), que buscan dar respuestas, generando experiencias innovadoras, y que necesitan apoyo.

Creo que ahí es donde ACDE puede jugar un rol importante. Apoyar aquellos proyectos que creemos que, realmente, valen la pena. Se juega el futuro en esto. El futuro de las empresas, que el día de mañana no tendrán mano de obra con la suficiente preparación como para ocupar los cargos que se necesitan cubrir, y el futuro del país, que necesita de esa mano de obra y de esas empresas funcionando para generar riqueza y mejores condiciones de vida para todos.

Desde nuestro ser cristianos, debemos asumir ese compromiso de apoyar a quienes apuestan por dar, a niños y jóvenes de sectores menos favorecidos, herramientas para desempeñarse de la mejor manera posible cuando sean adultos y tener un futuro cierto por delante.

La solidaridad es uno de los principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia, y es desde ahí, desde ese principio, que debemos comprometernos en esta labor.